



# Geopolítica de la pandemia, escalas de la crisis y escenarios en disputa<sup>1</sup>

Breno Bringel<sup>2</sup>

Recibido: 7 de mayo de 2020 / Aceptado: 10 de mayo de 2020

**Resumen.** Este artículo analiza la geopolítica de la pandemia de COVID-19 a partir de tres ejes interrelacionados que permiten observar las respuestas y recomposiciones del poder y de las resistencias: condicionantes geopolíticos, representaciones geopolíticas y escenarios post-pandemia. En el primer caso, se discuten críticamente los antecedentes y las causas de la pandemia, a partir de diferentes coordinadas espacio-temporales, enmarcándola dentro de una crisis civilizatoria más amplia y de los límites ecosistémicos. En el segundo, se propone un cuadro de reorganización espacial con representaciones geopolíticas que subrayan el caos global, la fragilidad política de los bloques regionales y la centralidad adquirida por la acción estatal y las iniciativas locales con arraigo comunitario y territorial. Por fin, se dibujan tres escenarios post-pandemia en disputa: el de la “recuperación”, basado en la lógica del *business as usual* y del crecimiento económico; el de “adaptación”, con propuestas de reformas del capitalismo frente a la emergencia climática; y, finalmente, el cambio de paradigma hacia una nueva matriz ecosocial, guiada por el anticapitalismo y la justicia ambiental y social.

**Palabras clave:** pandemia de COVID-19; crisis ambiental; representaciones geopolíticas; caos global; escenarios post-pandemia.

## [en] Pandemic Geopolitics, Scales of the Crisis and Contentious Scenarios

**Abstract.** This article analyzes the geopolitics of the COVID-19 pandemic from three interrelated axes that allow us to observe the responses and recompositions of power and resistances: geopolitical constraints, geopolitical representations and post-pandemic scenarios. In the first case, the antecedents and causes of the pandemic are discussed, based on different spatio-temporal dimensions, framing it within a broader civilizational crisis and ecosystem limits. In the second, a picture of spatial reorganization is drawn with geopolitical representations that highlight global chaos, the political fragility of regional blocks and the centrality acquired by state action and local initiatives with

<sup>1</sup> Agradezco a Enara Echart por las conversaciones de cuarentena y a Heriberto Cairo, José Maurício Domingues, Teivo Teivainen y Franck Tavares por los comentarios. A los/as investigadores/as del Núcleo de Estudios de Teoría Social y América Latina (NETSAL) del IESP-UERJ por las charlas (virtuales, claro) sobre la política en tiempos de coronavirus. Mis agradecimientos también a los compañeros del Grupo Permanente Alternativas al Desarrollo auspiciado por la Fundación Rosa Luxemburgo por las discusiones recientes, bien como a Arturo Escobar, Kathya Araujo, Montserrat Sagot, Paula Irene Villa, Paulo Henrique Martins, Pablo Vommaro y Geoffrey Pleyers por los debates en el conversatorio “Coronavirus y disputas por lo público y lo común en América Latina”, organizado por la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS), el Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y la International Sociological Association (ISA), el 15 de abril de 2020. De allí salieron las provocaciones iniciales que llevaron al presente artículo.

<sup>2</sup> Profesor e investigador del Instituto de Estudios Sociales y Políticos (IESP) de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (UERJ), Brasil.  
E-mail: brenobringel@iesp.uerj.br

community and territorial roots. Finally, three post-pandemic contentious scenarios are drawn: that of “recovery”, based on the logic of business as usual and economic growth; that of “adaptation”, with proposals for capitalist reforms in the face of the climate emergency; and, finally, the paradigm shift towards a new ecosocial matrix, guided by anti-capitalism, and environmental and social justice.

**Keywords:** COVID-19 pandemic; environmental crisis; geopolitical representations; global chaos; post-pandemic scenarios.

## [pt] Geopolítica da pandemia, escalas da crise e cenários em disputa

**Resumo.** Este artigo analisa a geopolítica da pandemia de COVID-19 a partir de três eixos inter-relacionados que permitem observar as respostas e recomposições do poder e das resistências: condicionantes geopolíticos, representações geopolíticas e cenários pós-pandemia. No primeiro caso, discutem-se criticamente os antecedentes e as causas da pandemia, a partir de diferentes coordenadas espaço-temporais, localizando-a no bojo de uma crise civilizatória mais ampla e dos limites ecossistêmicos. No segundo, propõe-se um quadro de reorganização espacial com representações geopolíticas que enfatizam o caos global, a fragilidade política de blocos regionais e a centralidade adquirida pela ação estatal e as iniciativas locais com enraizamento comunitário e territorial. Por fim, são desenhados três cenários pós-pandemia em disputa: o da “recuperação”, baseado na lógica do “*business as usual*” e do crescimento econômico; o da “adaptação”, com propostas de reformas do capitalismo diante da emergência climática; e, finalmente, o da mudança de paradigma rumo a uma nova matriz ecosocial, orientada pelo anti-capitalismo e pela justiça ambiental e social.

**Palavras-chave:** pandemia da COVID-19; crise ambiental; representações geopolíticas; caos global; cenários pós-pandemia.

**Sumario.** Introducción. 1. Representaciones geopolíticas de la pandemia: caos global y reorganización regional. 2. Entre la contención del virus y la contestación social: *shock* nacional y alternativas locales. 3. Escenarios geopolíticos tras la crisis sanitaria: recuperación, adaptación o transición. Referencias.

**Cómo citar:** Bringel, B. (2020). Geopolítica de la pandemia, escalas de la crisis y escenarios en disputa. *Geopolítica(s)*. Revista de estudios sobre espacio y poder, 11(Especial), 173-187.

## Introducción

Cuando el nuevo coronavirus SARS-CoV-2, causante de la enfermedad COVID-19, fue descubierto en la ciudad china de Wuhan en diciembre de 2019, la reacción de la gran mayoría de los países fue quitarle importancia. Mientras tanto, proliferaban en varias partes del mundo episodios de sinofobia. Además del racismo y de la xenofobia, fortalecidos por un creciente autoritarismo social y político, el “no va con nosotros si no nos afecta” es no sólo reflejo de una posición antisolidaria y poco empática por parte de los Estados, sino que ilustra también cómo se ha desdeñado una perspectiva preventiva, por más que en las tres últimas décadas los expertos en salud pública hayan identificado una serie de infecciones y enfermedades respiratorias emergentes que podrían tener implicaciones desastrosas (Ramonet, 2020). De hecho, organizaciones multilaterales e internacionales, empresarios, informes de inteligencia y redes científicas han alertado insistentemente, desde el cambio de siglo, a los Estados y a los líderes políticos sobre la urgente necesidad de prepararnos para mitigar los efectos de una posible pandemia (Fidler, 2020).

A su vez, luchas comunitario-territoriales y movimientos sociales, principalmente los ecologistas e indígenas, denuncian desde hace varias décadas que los desequilibrios ecosistémicos —causados por un modelo destructivo de desarrollo basado en el crecimiento económico permanente, en la velocidad de la globalización capitalista y en el consumo desenfrenado— nos abocarían no sólo a un deterioro global que conllevaría a muchos riesgos a la salud y a la vida, sino también a una ruta acelerada hacia el colapso (Herrero, 2006). La gran diferencia es que mientras el grito ecologista advertía que el antropocentrismo y el capitalismo eran incompatibles con la salud y con la sostenibilidad del planeta, las voces institucionales y empresariales alzaban un alerta no sólo para salvar vidas humanas, sino principalmente para salvar el capitalismo, tratando de evitar grandes pérdidas económicas.

Previsiones (y fallos de prevención) aparte, la pandemia del coronavirus se expandió en nuestro mundo acelerado e interconectado con una rapidez increíble, desbordando a todos y convirtiéndose en un acontecimiento histórico único. Aunque haya habido muchas otras pandemias en la historia, ninguna de ellas es igual a las demás y se dan en escenarios sociales y geopolíticos diferentes. En otras palabras, la pandemia del coronavirus no llega en cualquier espacio-tiempo. Lo hace en un momento histórico de agotamiento de los recursos naturales y de emergencia climática y medioambiental. También de retrocesos democráticos y de derechos y de desconfianza y rechazo hacia los sistemas políticos. Vivimos, asimismo, en sociedades resquebrajadas por profundas desigualdades (no sólo Norte/Sur, sino al interior de las sociedades nacionales) y con los servicios públicos desmantelados por décadas de neoliberalismo que, más allá de la economía, también impregnó fuertemente las subjetividades individuales y colectivas. Mientras tanto, la digitalización de la sociedad ha posibilitado una mayor interacción entre las personas y un mayor flujo de información sobre la pandemia, pero ello ha estado acompañado, antes y más allá del coronavirus, por un proceso de creciente individualización, circulación de bulos y generación de dispositivos de vigilancia y control social.

Si en la memoria colectiva occidental hay más huellas de la crisis financiera de 2008 y sus secuelas sociales que de pandemias recientes, en el caso del continente asiático y africano no ocurre lo mismo, teniendo en cuenta las fuertes reminiscencias del *Severe Acute Respiratory Syndrome* (SARS) y del ébola, respectivamente. Los números de contagios y muertos, contabilizados o no, oscilan mucho según cada lugar, pero también varían las condiciones materiales y las percepciones y prácticas sociales de la población para afrontar la crisis. El sociólogo mozambiqueño Elisio Macamo argumenta que buena parte de la respuesta de los países europeos a la pandemia del coronavirus está informada por una visión muy local de la noción de “riesgo” (Macamo, 2020). Según este mismo autor, las respuestas europeas se basan en una noción de riesgo derivada de las condiciones particulares a través de las cuales las sociedades tecnológicamente avanzadas se volvieron vulnerables debido a su propio “progreso”.

Existe, por consiguiente, un imaginario geopolítico colonial y eurocéntrico sobre la “normalidad” y el “riesgo”. Hay que recordar que la “normalidad” de unos ha implicado siempre la “crisis” de otros. La “seguridad” de unos no existiría sin la “inseguridad” de otros. O, como insistió la teoría de la dependencia, el “desarrollo” de unos significa invariablemente el “subdesarrollo” de otros. Bajo este paraguas,

el riesgo en Europa y en Occidente como un todo se ha construido bajo una *illusio* elitista y restringida que protege a unos mientras excluye a otros.

La crisis asociada a la pandemia se ha vuelto “global” no sólo porque el virus haya viajado por todo el mundo, sino también por cierta prepotencia en las representaciones geopolíticas occidentales. Al afectar de lleno a Europa y a Estados Unidos, es cierto que parte de su población vivió por primera vez en su propia piel restricciones, temores y miedos que sólo las personas con edad más avanzada (tan maltratados por la pandemia) de esas sociedades habían experimentado en momentos históricos anteriores. Pero se suele obviar en esta ecuación que grupos marginalizados y excluidos en el propio centro del sistema-mundo o las mayorías sociales del resto del mundo están ya acostumbradas a vivir bajo amenazas constantes, en dosis incluso mucho más fuertes y por causas, con frecuencia, más fácilmente evitables. También es cierto, por otro lado, que la crisis sanitaria en Estados Unidos y en Europa llevó a la proliferación de varias iniciativas de apoyo mutuo, cuidado colectivo y redes solidarias. Pero en buena parte de África las redes comunitarias y la “familia ampliada” son la mayor garantía para sostener la vida siempre y no sólo en períodos de excepción. Asimismo, mientras sigue habiendo en Occidente una visión de la salud como una cuestión individual y fisiológica que se trata en hospitales, en varias localidades de América Latina se cultiva y se practica, con todas sus dificultades y potencialidades, la salud colectiva y comunitaria.

De esta forma, las relaciones históricas entre espacio, poder y resistencias, bien como las fisuras de clase, género y raza, son fundamentales para entender los *condicionantes geopolíticos de la pandemia y de su gestión*, bien como *las representaciones geopolíticas de la pandemia*. Pero independiente de las posiciones sociales y sistémicas, la pandemia del coronavirus hizo temblar el tablero geopolítico. Se han difundido, desde el inicio, decenas de hipótesis sobre los escenarios del mundo que viene, pero todas ellas son todavía muy provisionales. Es no sólo difícil, sino prepotente tratar de definir escenarios bien establecidos de futuro (Segato, 2020), pero, a la vez, es importante reconocer ciertas tendencias y proyectarlas en una historicidad más amplia. En este sentido, hay que reconocer que los *impactos geopolíticos de la pandemia* serán brutales, aunque no todos los cambios que vivi(re)mos deriven de la pandemia en sí, sino que son agudizados por ella.

Entre las principales cuestiones emergentes están las dinámicas y mecanismos de reestructuración del poder global; la gobernanza global y la dimensión espacial de la crisis sanitaria; el cierre de fronteras y sus implicaciones humanitarias, geoeconómicas y en la gestión de la pandemia; los modelos societales y económicos para salir de la crisis y sus implicaciones socio-territoriales; las estrategias de las colectividades dominantes para seguir dinamizando la acumulación capitalista; las narrativas y los discursos geopolíticos en disputa sobre el coronavirus y el mundo post-pandemia; y el futuro del papel del Estado y del sistema interestatal. Buena parte de los análisis geopolíticos sobre la pandemia están dedicados a uno u otro de esos aspectos. Pero una geopolítica crítica, más allá de analizar cómo opera el poder, tiene también que examinar las prácticas, discursos e imaginarios geopolíticos que emergen como forma de resistir en el corto plazo o de tejer otros mundos posibles en el futuro próximo.

Frente a este complejo escenario y a los inminentes movimientos de recomposición de los agentes del poder, ¿cuáles podrían ser las alternativas sociales y políticas que bosquejen escenarios diferentes a la barbarie y al colapso? Por un lado,

buena parte de la izquierda política, arraigada en posiciones socialdemócratas o de tintes “progresistas”, plantea una especie de Estado social, que ponga en el centro a los trabajadores y la justicia distributiva. Por otro, una izquierda más social, que tiende a desconfiar del Estado por razones teóricas y experiencias histórico-prácticas, sugiere que el eje central de la resistencia y de la construcción alternativa deben ser los territorios, la recomunalización de la vida social y las experiencias anticapitalistas.

En el primer caso el énfasis está en los derechos, en la defensa de lo público (en el momento de la pandemia, principalmente la salud) y en una escala nacional ante un imaginario de enfrentamiento a la “crisis sanitaria” y sus consecuencias. Mientras tanto, en el segundo caso prima la defensa de lo común, del fortalecimiento de los lazos sociales a nivel micro y de la urgencia de luchar por alternativas concretas en una escala local ante un imaginario que desborda el ámbito sanitario para adentrarse en el enfrentamiento a la crisis socioecológica y civilizatoria. No son necesariamente posturas excluyentes, sino que pueden también imbricarse, tensionarse y retroalimentarse. Más allá de caricaturas simplistas que se han construido muchas veces sobre las “dos izquierdas”, indican caminos distintos ante los sentidos de urgencia, además de escalas políticas e imaginarios geopolíticos bastante diferenciados.

Teniendo en cuenta este telón de fondo, este artículo discute cómo la pandemia está afectando las recomposiciones de la geopolítica del poder y de las resistencias, dedicándose especialmente a la política de escalas subyacente a los cambios que estamos experimentando. Tras este panorama general, la siguiente sección discute los rasgos más macro de la reconfiguración geopolítica derivada de la pandemia, enfatizando el ámbito global y regional. En seguida, el foco recae en las respuestas y alternativas a la crisis en las escalas nacional y local. Finalmente, se discuten tres escenarios geopolíticos principales que emergen con la crisis sanitaria, pero que se proyectan más allá de ésta, derivados de la reconfiguración de los actores, las escalas y los proyectos políticos en disputa en el mundo contemporáneo.

## **1. Representaciones geopolíticas de la pandemia: caos global y reorganización regional**

Durante las primeras semanas y meses de la pandemia del nuevo coronavirus, los debates intelectuales y políticos oscilaron entre el *corona-optimismo* y el *corona-pesimismo*. En el primer caso, se celebraron las muestras renovadas de solidaridad, la enésima muerte del capitalismo, los aprendizajes positivos que la vivencia de la pandemia podría generar (como vivir mejor con menos o el reparto más equitativo del cuidado) y la rearticulación de iniciativas locales y sujetos colectivos. Ya en el segundo, se enfatizaron los efectos más deletéreos de la pandemia: el egoísmo y el utilitarismo, el mayor control social, las restricciones de libertad y el deterioro en las condiciones de vida. De alguna manera, se trata de la clásica percepción de que la crisis puede ser vista como una oportunidad o como una amenaza. Hay argumentos sólidos de los dos lados, pero es fundamental reconocer el carácter profundamente contradictorio de este momento histórico, en el que la crisis es mejor entendida en su acepción china del *Wei Ji* (危机), es decir, peligro y oportunidad a la vez. Únase a eso la dimensión de emergencia: quizás no queden muchas más

“oportunidades” en clave global para un cambio de rumbo frente a lo que Fernández Durán y González Reyes (2018) definieron como el “largo declive” de la civilización industrial.

Una crisis multidimensional y de gran calado como la que vivimos puede agitar procesos macrohistóricos de cambio en direcciones diversas que dependen siempre de la capacidad y de la imaginación de los actores sociales y políticos para llevarlos a cabo, pero también de su sedimentación social y política. Son también momentos privilegiados de reorganización espacial de nuestras sociedades y de redefinición de las escalas de acción política. Ante la emergencia de acontecimientos críticos, el alcance y la extensión de las escalas geográficas suele redefinirse. Eso está ocurriendo ahora.

Durante las últimas tres décadas mucho se ha discutido sobre la globalización y la imbricación de escalas en un mundo crecientemente interconectado, lo que resultó en un rico debate crítico sobre las dimensiones territoriales y relaciones de los lugares y las mediaciones espaciales (Brenner, 1999; Sheppard, 2002). Este mismo debate insistió que las escalas se conectan de manera habitualmente jerarquizadas (Herod y Wright, 2002), pero no se forjan de manera lineal o sólo desde arriba hacia abajo, a partir de imposiciones verticales, sino que son construidas socialmente y fruto de intensos conflictos y negociaciones políticas entre actores y proyectos.

De estas confrontaciones emergen, muchas veces, territorialidades e imaginarios en disputa e inflexiones en las dinámicas socio-espaciales. Todavía es demasiado pronto para identificar y analizar las fuentes, las prácticas y las representaciones geopolíticas del “orden mundial post-coronavirus”. Sin embargo, el momento inicial de expansión y de intentos de control de la pandemia durante la primera mitad del año 2020 es clave para descifrar los “movimientos geopolíticos” en sus aperturas, activaciones e intencionalidades, es decir, en plenos despliegues de recomposición de la correlación de fuerzas.

Podríamos definir el actual momento como de *caos global*. El caos no implica la ausencia total de algún tipo de orden, sino que evoca la turbulencia, la fragilidad y la indefinición geopolítica contemporánea ante los múltiples “riesgos globales” y destinos posibles (Prigogine y Stengers, 1997). La imprevisibilidad y la inestabilidad pasan a ser la regla y eso se refiere no sólo a la mayor volatilidad ante amenazas, sino también a la propia dinámica de las fuerzas políticas y del capitalismo contemporáneo. El orden mundial que emergió con la caída del Muro de Berlín buscó extender la democracia formal en el mundo (por más que las principales potencias la desestabilizara y la interrumpiera siempre que necesario) de manos dadas de la globalización neoliberal en una especie de “social-liberalismo global” (Domingues, 2013). Aunque la democracia sea incompatible con el capitalismo (Wood, 2000), se creó una narrativa de “prosperidad” y de “estabilidad” mundial que confinaba la democracia al capitalismo. Esta estrategia está hoy en entredicho ante las apuestas de que el mercado internacional pueda seguir manteniéndose bien incluso con las derivas autoritarias, los neofascismos y las constantes violaciones de derechos individuales.

Unido a eso, aquello que Ramón Fernández Durán había llamado irónicamente “globalización feliz” (Fernández Durán, 2003) recibe un jaque mate con esta pandemia, tras jaques previos como el de la crisis de 2008 que el capitalismo logró evadir muy bien. No estamos, como posturas precipitadas argumentan, ante el fin

de la globalización y la emergencia de la “desglobalización”, aunque sí posiblemente frente al fin de la globalización capitalista *as we know it*. El grado de radicalización de la expansión territorial y financiera del capital a lo largo de las últimas décadas fue posibilitado por la construcción de un gran acuerdo capitaneado por Occidente —con Estados Unidos a la cabeza (por más que su hegemonía esté cada vez más mermada)—, que permitió construir una narrativa dominante de crecimiento, sintonizada con la expansión sin límites de las empresas transnacionales y el beneplácito de diversos grupos de poder y de organizaciones nacionales e internacionales. Su despliegue se dio, como es conocido, bajo la retirada de cualquier tipo de barreras ante una gramática de desregulación, flexibilización y liberalización que afianzó el neoliberalismo en el mundo, a la vez que destrozaba el medioambiente y el tejido social. Junto a eso, vino un proceso de disputa cultural para arraigar la globalización neoliberal como un modelo no sólo económico, sino también societal. A pesar de las feroces críticas del movimiento alterglobalización y de una diversidad de resistencias territoriales —y por más que la crisis de 2008 haya destapado la dimensión más trágica y letal del capitalismo financiero y de la globalización—, la respuesta no fue una alternativa a eso, sino una radicalización del modelo. Las pérdidas fueron socializadas con toda la población y los Estados aplicaron políticas de ajuste y austeridad, mientras salvaban a los bancos, quienes, a su vez, privatizaron los beneficios. La globalización capitalista pudo así seguir su curso de acumulación y expoliación, profundizando el modelo extractivista.

El escenario reciente, amplificado en tiempos de pandemia, parece ser algo distinto: entre diferentes sectores de la derecha y la extrema derecha, posturas “antiglobalistas” y nacionalistas emergen a doquier, sea en el corazón del sistema, en las “potencias emergentes” o en países periféricos, tratando de reorganizar el capitalismo de manera más cerrada y autoritaria. A su vez, el comercio internacional, las privatizaciones y los flujos de capitales pueden tropezar con más regulaciones públicas y políticas proteccionistas propuestas por actores diversos. Mientras tanto, la dependencia de insumos y de productos de otros países (visible en la pandemia con las mascarillas o los respiradores, pero cuya realidad se amplía, en muchos casos, a productos esenciales), está llevando a muchos países a revisar sus políticas de cara al futuro, pensando en la autosuficiencia o en reducir la dependencia, como ya lo hace desde hace algunos años China. Las estrategias de especialización y de internacionalización de la producción, por otro lado, se están reelaborando y los Estados centrales y las empresas transnacionales se están reorganizando, con inversiones crecientes en tecnologías como la robotización o la inteligencia artificial.

El mundo parece, por lo tanto, caminar hacia una *globalización capitalista más descentrada, reticular y ultra-tecnológica*. Las cadenas globales de valor serán más frágiles ante la recesión post-pandemia y, aunque no desaparecerán, tenderán a reorientarse. El entramado institucional supranacional diseñado para facilitar las lógicas de acumulación puede perder peso ante una trama económica y política más compleja de acumulación en las ciudades y en redes jerárquicas, muchas de las cuales apostarán más por la relocalización parcial de la producción.

Cabe insistir que no todo son novedades, pero la pandemia puede acelerar y consolidar cambios geopolíticos que ya venían precipitándose durante la última década. Este es el caso del fortalecimiento de China que, aunque no se convierta en nuevo hegemón en el corto plazo, tendrá un papel cada vez más decisivo en el sistema mundial, con consecuencias que van más allá de lo económico y que todavía

necesitan ser mejor analizadas en su totalidad. La brecha entre centro y periferia, por otro lado, tiende a aumentar todavía más, debido tanto a la centralidad del desarrollo tecnológico como a la recesión económica, que ha solido acompañarse de un recetario macroeconómico conocido y nefasto para los países del Sur.

Estos escenarios y tendencias refuerzan que el orden geopolítico vigente estará previsiblemente marcado por una mayor rivalidad en el sistema interestatal, desconfianza entre actores políticos y económicos, pero también por la profundización, por parte de los actores dominantes, de la militarización global (Cairo, 2018), que podrá fortalecer el caos sistémico. Parece difícil que una nueva gobernanza global de la salud pueda emerger, tanto por el papel vacilante de la OMS como por la propia falta de compromiso de los Estados. Las organizaciones internacionales y multilaterales de todo tipo tampoco han estado a la altura de la tragedia de la pandemia, sea por silencio, incapacidad o incongruencia.

La mayoría de los bloques regionales, a su vez, salen fragilizados y, en algunos casos, desmantelados y sin autoridad moral ante la pandemia. Este es el caso de la Unión Europea que durante la crisis sanitaria global perdió la oportunidad de erigirse como una alternativa al fracaso de la respuesta a la pandemia de Estados Unidos, pero también frente al modelo centralizado y autoritario chino. Las fisuras y las asimetrías al interior del bloque volvieron a aflorar, dificultando la coordinación hacia dentro y la proyección hacia fuera. A su vez, aquellos proyectos regionales que intentaban hace unos años proyectarse en América Latina como regionalismos contra-hegemónicos —tales como la UNASUR, la CELAC y el ALBA-TCP (Cairo, Bringel y Ríos, 2019)—, han pasado casi desapercibidos en la pandemia y no han tenido envergadura suficiente para construir cualquier respuesta política supranacional relativamente bien articulada. Los BRICS, otra iniciativa creada con pretensiones contra-hegemónicas —aunque nunca anti-sistémicas—, acordaron a finales de abril de 2020, a pesar del gobierno Bolsonaro y de las tensiones entre la diplomacia de Brasil y China, avanzar en la cooperación para minimizar los efectos de la pandemia.

Pero, curiosamente, fue el Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico (APEC), creado en el simbólico año de 1989 para fomentar el libre comercio en la región, quien respondió de manera más enfática proponiendo la cooperación regional como clave para el enfrentamiento a la pandemia. Esto incluyó la coordinación y el intercambio entre los 21 países miembros de informaciones y productos, bien como ayudas económicas de financiación ante la emergencia (Hernando y Andrés, 2020). La discusión, en este caso, sobre la centralidad de la cooperación en la región en el escenario post-pandemia está guiada por el objetivo de coordinar políticas de estímulo al comercio y a los negocios.

En definitiva, los proyectos regionales e interregionales no han sido los grandes protagonistas de la pandemia. En algunos casos, la pandemia puede suponer el entierro definitivo de algunos de estos proyectos, a no ser que se reinventen profundamente. Este es el caso de la UNASUR ante la creación reciente del Foro para el Progreso de América del Sur (PROSUR), impulsado por gobiernos neoconservadores. En otros, el regionalismo tenderá a reorganizarse en función de los cambios geopolíticos y geoeconómicos más amplios. El eje del Pacífico gana más centralidad, pero hay que acompañar de cerca iniciativas más amplias y de gran envergadura como la *Belt and Road Initiative* lanzada por el gobierno chino. Falta saber también si podrán emerger nuevos proyectos interregionales creativos y críti-



cos que respondan a los desafíos planetarios o si los reacomodos servirán, como es habitual, para que los regionalismos acaben sirviendo como meras correas de transmisión del capitalismo.

## **2. Entre la contención del virus y la contestación social: *shock* nacional y alternativas locales**

La globalización neoliberal, las múltiples dinámicas de transnacionalización y los procesos de regionalización habrían llevado, según muchos autores, al debilitamiento o a la crisis terminal de los Estados-nación, según el énfasis de cada uno. Es cierto que el rol de los Estados ha cambiado en las últimas décadas y que éstos han sido desafiados desde dentro y desde fuera de sus fronteras, pero siguen siendo los actores políticos hegemónicos en el mundo.

Durante la pandemia, los sentimientos nacionales se movilizaron masivamente y el Estado interventor fue reivindicado hasta por los neoliberales. Emergió una especie de “Leviatán sanitario transitorio”, como bien plantea Svampa (2020). Con él vinieron, en buena parte de los casos, las políticas de protección social y sanitaria, pero también los militares en las calles, los estados de emergencia en los que todo se suspende y la instalación de una peligrosa narrativa bélica. Y es que la vigilancia permanente —de las formas más clásicas a los rastreos digitales y drones—, el control y el manejo de *big data*, los nuevos dispositivos de reconocimiento facial y otras formas sofisticadas de control social no se están profundizando sólo para combatir a un virus. Medidas de concentración de poder adoptadas para combatir la COVID-19 pueden incluso ser necesarias para posibilitar el atendimento público de la salud y la “protección” de la población. Sin embargo, hay una frontera muy tenue entre eso y las prácticas autoritarias (Bringel, 2020).

Las respuestas estatales han sido diversas, variando también según los perfiles de los regímenes políticos. En algunos casos, primó un capitalismo de Estado autoritario, mientras en otros la cara más social del Estado se asomó con mayor fuerza. Sin embargo, buena parte de los análisis sobre la gestión estatal de la crisis buscaron subrayar (siempre con una fuerte carga normativa) los casos de “éxito” y de “fracaso”. La variable principal, para ello, fue la contención de los casos de contagiados y de muertos. Por supuesto, puede haber estrategias más acertadas que otras y casos en los que el negacionismo, unido a la incompetencia —en esto es difícil ganarle a Bolsonaro y a Trump—, ofrece la peor cara de la respuestas ofrecidas. Pero no podemos olvidar que en el caso de los Estados dependientes de la periferia y la semiperiferia mundial, las dificultades para afrontar la pandemia son todavía mayores: sistemas de salud pública prácticamente inexistentes, derecho al agua socavado, viviendas precarias y ultrapobladas en las periferias urbanas y capacidades estatales limitadas.

No obstante, la importancia del Estado y de lo nacional coexistió con una fuerte revalorización de los lugares y de la escala local. En todo el mundo proliferaron una serie de iniciativas locales que trataron de generar dinámicas de apoyo mutuo y de construir barrio y comunidad con el objetivo de dar respuestas colectivas desde abajo a partir de las necesidades cotidianas de las personas. Ante la imposibilidad de protestar en las calles, buena parte de los análisis sobre las resistencias en tiempos de coronavirus ha tendido a subrayar el rol clave del activismo digital, pero

también la creatividad de los movimientos sociales para generar espacios y propuestas innovadoras (Della Porta, 2020). La prensa, como de costumbre, ha mirado sólo a la parte más visible de las acciones ciudadanas y de los movimientos sociales, como los *flash mobs*, cacerolazos o peticiones electrónicas. Pero si bien ésta ha sido una parte importante de las acciones de contestación durante la pandemia, es fundamental observar también lo que se mueve por debajo de la superficie de lo visible, como la auto-organización y la protección de los trabajadores que han tenido que seguir trabajando, sea por cuestiones de sobrevivencia o por que sus tareas entran en aquello que son considerados “servicios esenciales” (Wood, 2020).

Más allá de las carencias materiales y de lo inmediato, la apuesta de muchos grupos y colectividades por lo comunitario y por la reconstrucción del vínculo social en tiempos de profunda individualización de la sociedad ha sido uno de los rasgos más significativos. Se buscó también visibilizar la desigualdad en el reparto de los cuidados, la solidaridad y la soberanía alimentaria y energética. El confinamiento de 1/3 de la población mundial sirvió, asimismo, para difundir un mensaje en el que las feministas llevan tiempo insistiendo: el cuerpo también debe ser considerado como una escala.

La escala local no ha sido importante sólo en un sentido transformador no institucional y, en algunos casos, anti-institucional. En los países que no lograron impulsar medidas contundentes para todo el territorio nacional, hubo un fuerte pulso con líderes locales y regionales que, junto con las iniciativas extraoficiales, asumieron el protagonismo institucional del combate a la pandemia. En otros casos, municipalidades progresistas buscaron también impulsar y fomentar plataformas colaborativas de cuidado o tomaron directamente las riendas de la gestión de la crisis.

Este “nuevo regreso” de los lugares y su centralidad para las resistencias sociales y los movimientos sociales en tiempos de coronavirus, no nos puede llevar a volver a caer en dicotomías que parecían ya superadas, pero que vuelven a circular ampliamente hoy, como que la escala global no importa o que es el lugar del capitalismo, mientras la escala local sería el *locus* de las resistencias. Como he insistido en varias ocasiones (Bringel, 2015), en las últimas dos décadas las luchas sociales localizadas han sido las más globalizadas o, si se prefiere, son los movimientos territorializados aquellos que más lograron internacionalizarse. Esto fue así, por ejemplo, para los movimientos campesinos e indígenas desde los años 1990, pero también para las diversas experiencias reunidas alrededor del movimiento alterglobalización y de justicia global y ambiental. Sin embargo, la emergencia de lo que he definido como una nueva “geopolítica de la indignación global”, durante la última década, parece haber llevado a una menor intensidad de densidad organizativa entre las luchas sociales en el mundo.

Que la protesta se expanda globalmente, o mejor, por diferentes países del mundo, no quiere decir necesariamente que se esté globalizando en un sentido fuerte, es decir, que se esté articulando con lazos sólidos y construyendo una respuesta realmente global al sistema-mundo capitalista. Por un lado, hay que distinguir entre acciones globales y movimientos globales. Por otro, ante el planteamiento de Billion y Ventura (2020) de que estaríamos ante nuevas culturas políticas sin tanto arraigo internacionalista, habría que profundizar más en el debate sobre los cambios en la “forma-movimiento” y en las modalidades de activismos hoy en el mundo que, aunque sigan coexistiendo con formatos más tradicionales, nos obligan a cuestionar lentes previas para captar desplazamientos cognitivos, generacionales e

identitarios, con repercusiones importantes sobre las prácticas de resistencia, las articulaciones políticas y las concepciones y los horizontes de transformación social.

### 3. Escenarios geopolíticos tras la crisis sanitaria: recuperación, adaptación o transición

Achatada la curva, inmunizada buena parte de la población o encontrada la vacuna y controlada mínimamente la pandemia de COVID-19, parece difícil creer que entraremos en un escenario de pactos globales innovadores. ¿Por qué pensar que en el sistema interestatal capitalista primaria ahora la cooperación y la solidaridad? En un principio, a pesar de las resistencias que puedan surgir, el caos global tiende a profundizarse, pero los nuevos vectores no se dan de forma abstracta, sino a partir de proyectos políticos enfrentados que adquieren nuevos sentidos a partir de la pandemia.

Aunque en la geopolítica clásica hubo un fuerte “geodeterminismo” en el sentido de la disposición de las acciones políticas a las condiciones ambientales o de los lugares (O’Loughlin, 1994), el antropocentrismo imperante en la modernidad permitió que la expansión territorial y la acumulación del capital no tuviese límites desde que el hombre lograra “domesticar” la naturaleza y los recursos naturales. Aunque los límites ecosistémicos ya fueron ultrapasado desde hace tiempo, la pandemia parece abrir una inflexión en lo que se refiere a la centralidad que adquiere el medioambiente y los escenarios geopolíticos posibles *vis-à-vis* los modelos sociales y económicos.

Tres proyectos diferentes disputan en el debate político contemporáneo los rumbos del mundo post-pandemia: el “*business as usual*”, centrado en el crecimiento del PIB, en el desarrollismo y en buscar nuevos nichos de mercado para salir de la crisis a partir de políticas de ajuste que exigen, una vez más, el sacrificio de todos para maximizar el beneficio y el lucro de unos pocos; el “*Green New Deal*”, que aunque surge inicialmente en Estados Unidos, como propuesta institucional de diputados demócratas para generar profundas reformas sociales y económicas que llevarían a una transformación del sistema energético, se difunde muy rápidamente el último año (y muy especialmente durante la pandemia), con apropiaciones diversas de empresas, organizaciones internacionales y de la propia UE que está creando su propio “*European Green Deal*”; y, finalmente, el *cambio de paradigma hacia una nueva matriz económica y ecosocial*, propuesto por movimientos ecologistas más combativos y diversos sectores anticapitalistas que apuestan por el decrecimiento y medidas más rupturistas como la única alternativa posible<sup>3</sup>.

Estos proyectos parecen llevarnos a tres escenarios posibles que no se dan de forma “pura” y pueden imbricarse de múltiples maneras, aunque todos ellos tienen

---

<sup>3</sup> Aunque estos escenarios se contemplan en una multiplicidad de lecturas recientes, no siempre se hacen en su complejidad, salvo algunas excepciones como el fantástico informe elaborado por el equipo de Ecologistas en Acción que no sólo dibuja de manera muy pertinente los escenarios posibles ante la crisis ecosocial, sino que explora los límites y posibilidades de cada uno de ellos para el caso español, con especial atención para el lugar del empleo y del trabajo (González Reyes *et al.*, 2019).

su lógica propia: la *recuperación* de la lógica más agresiva del crecimiento económico, la *adaptación* del capitalismo a un modelo “más limpio”, aunque desigual socialmente; o la *transición* hacia un nuevo modelo ecosocial y económico. Frente a estos proyectos y escenarios es importante preguntarnos sobre las implicaciones de cada uno de ellos. La implementación del “*business as usual*” supondría un fortalecimiento todavía mayor de la globalización militarizada, de la biopolítica del neoliberalismo autoritario y de un modelo de expoliación destructivo que llevaría previsiblemente a escenarios todavía más catastróficos, entre los que se incluyen guerras y la profundización de la crisis ecosocial. La “vuelta a la normalidad” o incluso “la nueva normalidad” son discursos que justifican y avalan este tipo de escenario.

En el caso de la adaptación a un capitalismo verde, se prevén reajustes geopolíticos y geoeconómicos profundos. Según esta visión, ya no es suficiente sólo con un maquillaje verde, que empezó con la Cumbre de la Tierra de 1992 en Río de Janeiro, y con la “adjetivación” del desarrollo como “sostenible” (Bringel y Echart, 2017). Ahora habría que dar un paso más. Y sabemos que si el capitalismo acepta darlo, no lo hace necesariamente por el medio ambiente, sino por que éste puede ser una vía para maximizar las ganancias. Las nuevas estrategias de coexistencia entre la acumulación del capital con el imaginario ambientalista podrán dar más margen de autonomía a la política local, aunque también profundizar las desigualdades Norte/Sur y el racismo ambiental.

Pero hay que ser justos: este escenario mayormente “adaptativo” vive todavía una fuerte disputa. Por un lado, parte importante de las colectividades dominantes, principalmente en Occidente, entienden que es un camino a seguir. Por otro, fuerzas políticas que defienden la justicia social y la sostenibilidad buscan tensionarlo de varias maneras hacia una ruptura y una reconfiguración integral. Es el caso de propuestas que reivindican, desde el Sur, la “descolonización” de la lógica del *Green New Deal*; o que dialogan críticamente con sus presupuestos, pero aterrizándolos en otras realidades como la latinoamericana, dándole más centralidad al Estado y a las contribuciones de las luchas populares con el objetivo de fomentar un gran pacto ecosocial y económico (Svampa y Viale, 2020), que puede servir para algunas realidades nacionales y como base de imprescindibles diálogos Norte/Sur.

Finalmente, el tercer escenario es el más difícil, pero también el más necesario para que el medioambiente no sea sólo, *once again*, una bandera para salvar el capitalismo, sino para salvar la humanidad y el planeta. La transición hacia un cambio radical de matriz ecosocial no se hará sólo por la vía estatal, pero tampoco se hará sin ella. Son los propios movimientos sociales, las experiencias territoriales y una diversidad de luchas y frentes populares y político-intelectuales quienes podrán impulsar este escenario, tensionando los límites de las narrativas del capitalismo verde y dialogando críticamente con los gobiernos e institucionalidades más sensibles, a la vez que buscando transformarlas. Para ello, no hay una receta, pero sí una multiplicidad de estrategias de desenganche de la globalización capitalista y de articulación de una nueva globalización de luchas translocales.

En este caso, parece volver tímidamente, pero con aires renovados, el debate geopolítico sobre la “desconexión”, muy importante en varias posiciones tercermundistas y sistematizado por Amin (1988). Para el autor, la desconexión no sería sinónimo de un “repliegue autárquico” o de aislamiento, sino más bien un manejo

activo y crítico de las relaciones de la sociedad nacional con el exterior siguiendo las prioridades para su “desarrollo interno”. La diferencia principal entre la formulación de Amin y las propuestas contemporáneas que van en línea similar es que el autor egipcio todavía pensaba principalmente en términos de países y sociedades nacionales, dentro de un esquema clásico de polarización centro-periferia, por más que considerara los límites de las relaciones entre las economías periféricas para la superación del imperialismo y para articular un internacionalismo realmente combativo, que movilizara a la clase trabajadora y la solidaridad entre los pueblos.

En la actualidad estamos frente a iniciativas de desconexión que desplazan y desbordan las unidades “nación”, “economías nacionales” y “Estado” para dar la centralidad a las localidades, los territorios y las experiencias localizadas. Samir Amin, al final, era un internacionalista y su propuesta sobre la desconexión, aunque anticapitalista, no era la “salida” del mundo moderno. Más bien, su disputa se centraba en la valorización de la autonomía y en el horizonte de construcción del socialismo. El eje de gravitación de la propuesta partía del marxismo y se anclaba en el eje afroasiático, con vivas polémicas sobre el eurocentrismo y no sólo la importancia, sino también las dificultades en la articulación de las luchas populares del Sur Global entre sí y con las iniciativas sociales del Norte (Teivainen, 2019). Las propuestas de “desconexión” emergentes en la actualidad son más bien nucleadas alrededor del autonomismo y del ecologismo social, con una fuerza especial en América Latina y en algunas colectividades europeas, aunque también siguen vivas en el continente africano.

Avanzar en esta dirección hoy es fundamental, pero exigirá sacrificios y cambios drásticos que van de lo personal (cambio de hábitos, reducción del consumo o disminución de viajes) a lo más macro (políticas que posibiliten la relocalización de los alimentos y un cambio en el sistema alimentario o el decrecimiento radical en sectores como el petróleo, el gas y la minería), pasando también por la vida social como un todo. También implica resistir territorialmente buscando nuevas formas de articulación, conexión e inteligibilidad dentro del mapa global de luchas emergentes. Sólo así podremos movernos de una globalización destructiva a un “pluriverso” (Kothari, Salleh, Escobar, Demaria y Acosta, 2019). Sólo así otros mundos posibles podrán emerger.

## Referencias

- Amin, S. (1988). *La Desconexión: hacia un sistema mundial policéntrico*. Madrid: IEPALA.
- Billion, D., y Ventura, C. (2020). ¿Por qué protesta tanta gente a la vez? *Revista Nueva Sociedad*, (286), 37-52.
- Brenner, N. (1999). Beyond State-centrism? Space, Territoriality, and Geographical Scale in Globalization Studies. *Theory and Society*, 28(1), 39-78.
- Bringel, B. (2020). Mucho más que un cacerolazo: resistencias sociales en tiempos de Covid-19. *Open Democracy*, 3 de abril. Recuperado de <https://www.opendemocracy.net/es/mucho-m%C3%A1s-que-un-cacerolazo-resistencias-sociales-en-tiempos-de-covid-19/>

- Bringel, B., y Echart, E. (2017). Imaginarios del desarrollo en América Latina: entre la emancipación y la adaptación al capitalismo. *Revista Española de Desarrollo y Cooperación*, (39), 9-24.
- Cairo, H. (2018). *Las guerras virtuosas de George W. Bush: las transformaciones del territorio, de la soberanía y de los discursos geopolíticos en el siglo XXI*. Madrid: Trama Editorial.
- Cairo, H., Bringel, B., y Ríos Sierra, J. (2019). Geopolítica externa del regionalismo latinoamericano: nuevas configuraciones en el orden mundial contemporáneo. *Controversias y Concurrencias Latinoamericanas*, 11(19), 77-99.
- Della Porta, D. (2020). Movimientos sociales en tiempos de Covid-19: otro mundo es necesario. *Open Democracy*, 26 de marzo. Recuperado de <https://www.opendemocracy.net/es/movimientos-sociales-en-tiempos-de-covid-29-otro-mundo-es-necesario/>
- Domingues, J. M. (2013). Social liberalismo y dominación global. *Geopolítica(s)*, 4(2), 183-198.
- Fernández Durán, R. (2003). *Capitalismo financiero (global) y guerra permanente*. Barcelona: Virus.
- Fernández Durán, R., y González Reyes, L. (2018). *En la espiral de la energía (vol. II): Colapso del capitalismo global y civilizatorio*. Madrid: Ecologistas en Acción / Baladre.
- Fidler, D. (2020). Coronavirus: A Twenty Years Failure. *Think Global Health*, 23 de marzo. Recuperado de <https://www.thinkglobalhealth.org/article/coronavirus-twenty-year-failure>
- González Reyes, L. et al. (2019). *Escenarios de trabajo en la transición ecosocial 2020-2030*. Madrid: Ecologistas en Acción.
- Herod, A., y Wright, M. W. (2002). *Geographies of Power: Placing scale*. Oxford: Blackwell Publishers.
- Hernando, R., y Andres, E. (2020). APEC in the Epicentre of Covid-19 (Policy Brief, n.º 31). *APEC Policy Support Unit*, abril de 2020. Recuperado de <https://www.apec.org/Publications/2020/04/APEC-in-the-Epicentre-of-COVID-19>
- Herrero, Y. (2006). El movimiento ecologista ante el deterioro global: retos y utopías. *Intervención Psicosocial*, 15(2), 149-166.
- Kothari, A., Salleh, A., Escobar, A., Demaria, F., y Acosta, A. (2019). *Pluriverso: un diccionario del posdesarrollo*. Barcelona: Icaria.
- Macamo, E. (2020). The normality of risk: African and European responses to Covid-19. *Blog Corona Times* (HUMA – The Institute for the Humanities in Africa), 13 de abril. Recuperado de <https://www.coronatimes.net/normality-risk-african-european-responses/>
- O'Loughlin, J. (Ed.). (1994). *Dictionary of Geopolitics*. Westport: Greenwood Press.
- Prigogine, I., y Stengers, I. (1997). *The end of certainty: time, chaos, and the new laws of nature*. New York: First Free Press.
- Ramonet, I. (2020). Ante lo desconocido... la pandemia y el sistema-mundo. *Le Monde Diplomatique* (edición chilena), 30 de abril. Recuperado de <https://www.lemondediplomatique.cl/ante-lo-desconocido-la-pandemia-y-el-sistema-mundo-por-ignacio-ramonet.html>
- Segato, R. (2020). Todos somos mortales: del significativo vacío a la naturaleza abierta de la historia. *Lobo Suelto*, 19 de abril. Recuperado de <http://lobosuelto.com/todos-somos-mortales-segato/>

- Sheppard, E. (2002). The Spaces and Times of Globalization: places, scales, networks, and positionality. *Economic Geography*, 78(3), 307-330.
- Svampa, M. (2020). Reflexiones para un mundo post-coronavirus. *Revista Nueva Sociedad*, abril 2020. Recuperado de <https://www.nuso.org/articulo/reflexiones-para-un-mundo-post-coronavirus/>
- Svampa, M., y Viale, E. (2020). Justicial ecosocial y económica: nuestro Green New Deal. *Revista Anfibia* (Universidad Nacional de San Martín). Recuperado de <http://revistaanfibia.com/ensayo/green-new-deal/>
- Teivainen, T. (2019). Eurocentrism, state-centrism and sexual self-determination in the construction of a global democratic organization. *Globalizations*, 16(7), 1102-1108.
- Wood, E. (2000). *Democracia contra capitalismo: la renovación del materialismo histórico*. México D. F.: Siglo XXI.
- Wood, L. (2020). Social movements as essential services. *Open Democracy*, 30 de abril. Recuperado de <https://www.opendemocracy.net/en/democraciaabierta/social-movements-essential-services/>